

La traducción griega del Pentateuco

No tardó en perderse el uso de la lectura hebraica en la comunidad judía de Alejandría. La lectura de la ley en hebreo se hacía difícil y poco provechosa. El griego era la lengua general de la colonia y se estudiaba ardientemente. Era inevitable que se hiciera una traducción griega de la Ley, trabajo que se realizó al parecer en la segunda mitad del siglo III antes de Jesucristo. La lengua hebraica no era entonces, como fue posteriormente, objeto de un respeto supersticioso. Ningún escrúpulo detuvo a los traductores que no creyeron hacer una obra osada. La unidad de es-

tilo indica que la traducción del Pentateuco fue hecha por un autor solo, y la lengua es el *dialecto común*, que la conquista de Alejandro había espardido por todo Oriente. Muchas particularidades denotan a Egipto e indicarían la patria de la obra, si no fuese conocida.

Al no poderse admitir que Moisés fue el autor del libro de Josué, se cortó la Thora después de los apéndices antiguamente añadidos al código de Josías. El traductor dio títulos particulares a los cinco tomos en que se dividía la Thora, y los llamó Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio, y el conjunto se llamó Pentateuco (cinco volúmenes)

Las filología y la crítica no eran cosas propias de la antigüedad. No había lexicografía ni gramática para traducir bien el hebreo antiguo. Se intentaba ser muy exacto mediante la literatura absoluta, sin pensar que el genio de las dos lenguas no era lo mismo, y que por lo tanto, palabras equivalentes tenían un sentido muy diferente.

La traducción tiene un mesianismo más moderado que el de la paráfrasis caldea, pero suficiente para falsear en muchos casos las miras del original. El traductor es principalmente un apologista, un defensor ferviente del mosaísmo. Hizo en la interpretación del texto una parte de pequeñas modificaciones, en consideración al gusto delicado de los griegos, añadió notas explicativas, dulcificó obscenidades aparentes y echó a perder la grandiosa ingenuidad del narrador primitivo. Persiguió con ardor el antropomorfismo. Dios no es visible y se retocan con timidez todos los pasajes en que Jehová se deja ver.

Sin embargo, la versión alejandrina fue un acontecimiento de los más graves de la historia. Fue la Biblia del cristianismo naciente, y en cierto sentido la de la Humanidad, pues de ella nació la Biblia latina. Aunque la iglesia oriental no haya hecho con la versión llamada de los Setenta lo que nuestra Iglesia con la Vulgata, y aunque la Biblia latina conserve el privilegio de su incomparable belleza, hay que rendir el debido honor a la Biblia griega, que casi en todas partes se ha adelantado a la obra de los discípulos de Jesús. Es a la Biblia occidental lo que una iglesia del Monte Athos, es a una iglesia gótica; lo que un mosaico de Venecia es a Giotto.

La traducción de los profetas siguió de cerca a la de la Thora. Los demás libros hebreos fueron traducidos sucesivamente y aumentados con adiciones piadosas, según el estilo de época. El conocimiento del hebreo se fue perdiendo en Alejandría, y en 132, Sirach el Joven encontró muy decadente la cultura hebraica de la colonia griega.

La interpretación griega de Alejandría tuvo un éxito extraordinario. De Egipto pasó a Siria y hasta Palestina. Los judíos la utilizaron en toda la extensión del mundo griego. Algunos de los razonamientos mesiánicos que han convertido al mundo proceden de los errores del texto alejandrino, mal leídos, mal comprendidos y mezclados con otros...

La leyenda dice que Tolomeo Filadelfo se ocupaba personalmente en completar las series de la Biblioteca de Alejandría y un día su bibliotecario Demetrio de Falero le llamó la atención sobre la ley de los hebreos, elogiándola pomposamente. Carecía de aquel libro la colección de las legislaciones comparadas y Filadelfo mandó pedir a Jerusalén al sumo sacerdote, Eleazar, el precioso volumen. Eleazar envió con el tomo a 72 an-

cianos (¡seis de cada tribu!) a los que se instaló en un palacio de la isla de Faros, cada uno separadamente en una celda, y que en setenta y dos días consiguieron una versión acorde hasta la última sílaba. Los que no llegaron a tal grado de exageración suponían que la versión había sido sometida a la asamblea de los judíos de Jerusalén, que la aprobó sin reservas.

Una vez finalizado el trabajo, Filadelfo hizo a todos los ancianos grandes regalos, y concedió a los judíos envidiables privilegios.

Todas estas fábulas se contaron mucho tiempo, con variantes y adornos, y con ellas se relacionó una fiesta náutica que se celebraba en el puerto de Alejandría y acababa con una comida en la isla de Faros.

Esta historia sandia obtuvo gran éxito entre los cristianos en el siglo II, los cuales sirviéndose de la versión alejandrina en sus controversias, acogieron con entusiasmo un relato que daba a aquel texto el valor de una obra inspirada. Las pruebas de la mesianidad de Jesús eran más robustas en el texto griego que en el hebreo. Muchos pasajes, de los cuales se deducían las consecuencias más triunfantes, únicamente existían en los contrasentidos del texto griego.

Transformada en base de la apologética cristiana, la versión alejandrina inspiró desde el siglo II a los judíos una gran antipatía. Después de haberla admirado universalmente, la tuvieron por una obra de perversión. Se estableció un ayuno el 8 de Tebeth, porque «aquel día se escribió la ley en griego, en tiempo de Tolomeo, y entonces cubrieron tres días al mundo las tinieblas». Además, desde el período talmúdico abandonaron los judíos el uso del griego y olvidaron completamente la versión alejandrina.